



Sobre el “decir y dejar decir”

Trazos preliminares sobre la escasa alteridad de nuestro tiempo

On “saying and letting say”

Preliminary notes on the scarce otherness of our time

Oscar Alberto Quintero Ocampo¹

Rec: 29/09/20
Acep: 15/04/21

Resumen

En el presente artículo se argumenta que la escasa alteridad que caracteriza el tiempo presente obedece, en buena parte, a la consolidación y reproducción de prácticas y discursos que niegan al otro en su condición de diferencia. Se sostiene que la negación del otro como un interlocutor válido, se sitúa a la base de la emergencia de movimientos y partidos políticos que buscan imponer un único horizonte de sentido. Este artículo se basa en lo planteado desde la hermenéutica filosófica propuesta por Hans-Georg Gadamer para mostrar, primero, los límites de los discursos y prácticas de la negación de la otredad; y segundo, plantear cómo las sociedades que se asumen así mismas como democráticas deben posibilitar escenarios para el “decir y dejar decir” al otro, en una práctica inclusiva y de reconocimiento de la diferencia y la pluralidad.

Palabras clave: hermenéutica, el otro, diferencia, reconocimiento, diálogo

Abstract

This paper shows that the scarce otherness that characterizes the present time is due, in large part, to the consolidation and reproduction of practices and discourses that deny the otherness in its condition of difference. It is argued that the denial of the other as a valid interlocutor, is at the base of the emergence of movements and political parties that seek to impose a single horizon of meaning. This paper is based on what is raised from the philosophical hermeneutics proposed by Hans-Georg Gadamer to show, firstly, the limits of the discourses and practices of the denial of otherness; and secondly, to propose how societies that assume themselves as democratic should make possible scenarios for “saying and letting others say”, in an inclusive practice that recognizes difference and plurality.

Keywords: hermeneutics, the other, difference, recognition, dialogue

¹ Docente Facultad de Ciencias Sociales y Políticas, coordinador semillero de investigación Vestigium. Correo electrónico: oaquintero@unicatolica.edu.co - Orcid: 0000-0002-7856-4063

*“Para ser capaz de conversar
hay que saber escuchar”*

FRANCISCO FERNÁNDEZ LABASTIDA

Introducción

El problema de la negación de la alteridad ha ocupado un lugar importante en las reflexiones llevadas cabo en los últimos años en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Dichas reflexiones van de la mano con las emergentes y fluctuantes disposiciones y configuraciones geopolíticas que determinan nuestro presente. A este respecto, se asevera que son cada vez más las voces que, desde diferentes lugares, buscan negar la condición de pluralidad de las sociedades contemporáneas. A lo anterior se suma el crecimiento acelerado de movimientos sociales y políticos cuyo fin consiste en la reivindicación de discursos que apelan a la radicalización de identidades nacionales cuyo propósito es cerrar la puerta a cualquier atisbo de integración en términos políticos y la posibilidad de entendimiento entre los sujetos.

La emergencia de partidos políticos de ultraderecha en buena parte del mundo, las políticas neoconservadoras de algunos miembros de la Unión Europea propensas a cerrar sus fronteras ante la entrada masiva de refugiados que escapan de conflictos bélicos en Siria y otros países del medio oriente, los conflictos separatistas que se viven, también, en algunos países de Europa del Este, o los Centros de Detención de Inmigrantes en algunos Estados en EEUU, son solo algunos ejemplos que denotan la radicalización de un discurso xenófobo y anti pluralista.

El no reconocimiento de la alteridad, en el sentido de no apertura y disposición para el diálogo en las sociedades contemporáneas, pone

en evidencia la incapacidad que tenemos para “dejar decir” al otro. En consecuencia, se hace poco factible el hecho de que se pueda llegar a acuerdos sobre la “cosa misma”, y lograr, así, explorar caminos hacia la comprensión y el entendimiento mutuo.

Es este marco temático surge la siguiente pregunta: *¿cómo desde las consideraciones filosóficas de Hans-Georg Gadamer sobre el “decir y dejar decir” se puede, primero, contribuir a la comprensión de la escasa alteridad en el contexto de la contemporaneidad, y segundo, pensar sociedades que se fundamenten en el reconocimiento del otro como ethos fundacional del presente?* Al respecto, la reflexión sobre el problema que aquí se expone no pretende surcar el viejo camino de las utopías desgastadas y fútiles para dar cuenta de una convivencia humana idealizada con ausencia de conflicto. Por el contrario, como principio de argumentación, se sugiere que en la medida en que se asuma la condición de diferencia y pluralidad como aspectos constitutivos del mundo humano, se abrirán posibilidades reales para el diálogo y el entendimiento; lo cual, a su vez, permitirá ampliar los horizontes de sentido compartidos.

Cabe mencionar que este artículo no procura —ni está a su alcance— arriesgar una tesis o interpretación original a propósito de la filosofía hermenéutica de Hans-Georg Gadamer. En lugar de ello, su objetivo es mostrar de manera breve algunos aportes del filósofo respecto de la cuestión enunciada en esta introducción; cuestión, sin duda, muy presente en debates y discusiones en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades contemporáneas.

Crisis de alteridad

Vivimos una época de oídos sordos y de escasa alteridad. Dicha escasez se hace palpable en la reducción acelerada del “espacio político”

entendido como lugar propicio para la “acción”. La acción, acorde a lo sugerido por Hannah Arendt (2005), presupone al otro como condición de la política, lo cual no es otra cosa que una revalidación de lo político como reconocimiento de la diferencia. La acción es el eje constitutivo de lo que la autora denomina “condición humana”. La acción (política) determina la condición de humanidad de los sujetos, y tiene que ver con la libertad que tenemos los seres humanos para introducir horizontes que doten de sentido y transformen nuestra existencia. La acción es siempre un actuar con los otros. Para decirlo con Arendt,

La acción, única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de cosas o materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, no el Hombre, vivan en la Tierra y habiten en el mundo. (2005. p. 35)

Así pues, al enunciar la idea de la ausencia de alteridad como característica de este tiempo, se alude de manera directa al cese del espacio político.

Ahora bien, La clausura del espacio político obedece, entre otras cosas, a la radicalización de cierto tipo de discursos sobre la identidad que no permiten pensar un lugar común. Dichos discursos elaboran una imagen del “otro” como amenaza permanente a la que, en consecuencia, hay que combatir, o, en caso extremo, eliminar. En palabras de Ruíz:

El otro (el extranjero, el loco, el marginal, el homosexual, la mujer, etc.) es aquel que se distingue del límite del mundo y lo cuestiona. Aparece de manera fortuita en el horizonte de comprensión que nos sostiene y conmueve el sistema que sustenta este horizonte.

El otro se revela entonces como fuente de amenaza, pues remite a lo desconocido y peligroso. Lo es en la medida en que pone en duda todos los sentidos de verdad (la verdad del centro). Entonces debe ser elidido, subsumido, anulado (2009, p. 99).

Ciertamente, se niega la posibilidad de acoger al otro como un interlocutor válido cuyo horizonte de sentido se funda en una tradición diferente que prefigura su visión del mundo. Como muestra de lo anterior, se destaca lo que ocurre, por ejemplo, con el partido político VOX en España, el partido *Front national* (Frente Nacional) en Francia, *Forza Italia* (Fuerza Italia) en el país mediterráneo, entre otros. Estos partidos y movimientos políticos son claros ejemplos del ascenso y consolidación de una narrativa identitaria que crece a ritmos acelerados en el viejo continente, sobre la base de la profundización de idearios nacionalistas⁵. De manera particular, cabe señalar al partido político *Alternative für Deutschland* (Alternativa para Alemania) el cual centra buena parte de su discurso en la apuesta por la defensa de los valores alemanes desde prácticas similares a las utilizadas por el nacionalsocialismo en las décadas del 30 y 40 del siglo pasado⁶.

Tal situación, por supuesto, no es nueva. La historia reciente nos ha mostrado a dónde pueden llevar las prácticas y discursos que niegan la alteridad. Me refiero, en concreto, a la

5 El ascenso de discursos que apelan a la identidad nacional no es, por supuesto, un fenómeno meramente europeo. Sin embargo, vale la pena mencionar que aún se carece de bibliografía sistematizada amplia para el estudio de esta cuestión en, por ejemplo, el continente americano. En todo caso, dicha investigación excede el propósito (en forma y contenido) de este artículo y queda abierta la posibilidad al lector para indagar sobre dicho asunto.

6 A propósito de esta cuestión véase el trabajo de Gonzalo Rodríguez Martínez, *La crisis de la Unión Europea y el auge de la extrema derecha* (Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas. 2020, pp. 93-118).

supresión del espacio político y a la conflagración que asoló a Europa y a otras regiones del planeta a mediados del siglo xx durante la segunda guerra mundial. En este sentido, Auschwitz⁷ y el holocausto judío⁸ son evidencia irrefutable de las consecuencias que puede acarrear el no reconocer al otro en su condición de diferencia, sobre la base de la imposición de un único horizonte de sentido.

En efecto, si algo nos mostró el holocausto es que el ideario nacionalista se impone a partir de la propagación de prácticas y discursos que cuentan con una amplia acogida popular. Dichos discursos apelan al resurgir de valores que otrora unificaron a un pueblo determinado cuyo pasado se asume en términos idealizados. Según sugiere Maldonado:

Desde hace algunos años venimos presenciando el resurgimiento de dos fenómenos vividos por generaciones anteriores. Gestados en los albores de la segunda guerra mundial y desde entonces latentes, esperaban el momento adecuado para volver a la esfera pública dentro del contexto globalizado e interdependiente en que nos encontramos. Hablamos de los nuevos populismos, nacionalismos, e incluso en algunos casos, de nuevos fascismos, tendencias, que comparten con sus anteriores versiones la esencia en que radica su éxito. (2019, p. 1)

Los nacionalismos distintivos de la primera mitad del siglo xx convergieron en la práctica de negación del otro a partir de la construcción

y reproducción de imaginarios que lo situaban como una amenaza. Al otro se le despojó de su condición humana para, de este modo, pasar por alto cualquier exigencia o cuestionamiento de tipo moral o ético. Si el otro no es considerado como un interlocutor, en su condición de diferente, no hay justificación válida para no eliminarlo. Esto es, *grosso modo*, lo que ocurrió con el pueblo judío: se les negó su condición humana, su capacidad de acción, al no permitir-seles la posibilidad de introducir horizontes de sentido que pudieran transformar su existencia.

Como se ha dicho, se hace necesario, en la actualidad, cultivar la disposición y la apertura para conversar sobre un asunto que nos es común y que tiene que ver con la forma de instalar mecanismos que nos permitan convivir sin el riesgo de caer en una nueva conflagración y su consecuente proceso de deshumanización.

Es pues en el “decir y dejar decir” al otro que se puede cimentar el *ethos* de una sociedad abierta al diálogo. Lo anterior corresponde a una de las premisas formuladas por el filósofo contemporáneo Hans-Georg Gadamer (Marburgo, 1900 - Heidelberg 2002) contenidas en su libro más destacado: *Verdad y método*, publicado en 1960. En dicho texto, Gadamer sostiene que “el que quiere comprender un texto⁹ tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él” (2012, p. 335). En esta misma línea, añadirá que “una conciencia formada hermenéuticamente tiene que mostrarse receptiva desde el principio para la alteridad del texto” (Gadamer, 2012, p. 335). Si reconocemos en el otro una opinión ganada respecto de la tradición en la que se juega su experiencia, podríamos darnos a la tarea de comprender aquello que está a la base de sus opiniones y que lo constituye. Así, la hermenéutica propuesta por

7 Auschwitz fue un campo de concentración nazi ubicado en Polonia a inicios de la década del 40 del siglo pasado. Auschwitz se convirtió en el símbolo del genocidio en contra del pueblo judío perpetrado por el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

8 Según lo dicho por Judit Boker (2016), el Holocausto “Se proyectó como el núcleo del asesinato de seis millones de judíos, parte de la planeada aniquilación total del pueblo y del judaísmo —impedido solo por la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial” (p. 11).

9 Léase texto como lo otro

Gadamer se convierte en estructura misma de la existencia, por lo que todo tipo de acción es, en sí misma, comprensión.

“Decir y dejar decir”. Una práctica de reconocimiento de la alteridad

Una lectura política de la filosofía hermenéutica de Gadamer invita a pensar el asunto de la diferencia como pluralidad de interpretaciones llevadas a cabo por los sujetos que posibilitan una alteración recíproca. Dicha alteración basta para socavar el carácter cerrado que presentan habitualmente las esferas de la racionalidad especializada definidas por la modernidad.

Por consiguiente, la alteración no resulta de la imposición de las opiniones propias sobre las opiniones del otro, sino que es el resultado del “hacerse cargo de las propias anticipaciones, con el fin de que el texto mismo —el otro— pueda presentarse en su alteridad y obtenga así la posibilidad de confrontar su verdad objetiva con las propias opiniones previas” (Gadamer, 2012, p. 335). En otras palabras, no se trata de olvidar las opiniones propias sobre el asunto o temática que se esté tratando. De lo que se trata entonces es de, por un lado, ser plenamente conscientes de dichas anticipaciones, y por otro lado, estar abierto a la opinión del otro. En este planteamiento se puede advertir que para Gadamer la conciencia está naturalmente abierta al otro, al mundo de lo humano. Esta apertura implica una interacción del modo: *Yo - Tú* que se lleva a cabo en el lenguaje. Luego, la existencia humana se comprende solo en relación con el otro, y esta relación es siempre de carácter lingüístico. Por ende, la experiencia del mundo del sujeto es una experiencia con los demás. Experiencia que se expresa en la conversación.

El mundo, desde este punto de vista, se concibe como “suelo común” en el que se da el reconocimiento de los que hablan entre sí. En ese “suelo común” convergen quienes pretenden dialogar y llegar a acuerdos. “Sólo cuando es posible ponerse de acuerdo lingüísticamente en virtud de hablar unos con otros puede convertirse en problema la comprensión y el posible acuerdo” (Gadamer, 2012, p. 463). Así pues, si se hace factible ponerse de acuerdo en el asunto —temática de discusión—, tanto el intérprete como el texto —el otro— (*Yo - Tú*) habrán encontrado la posibilidad de ampliar su horizonte de comprensión. La conversación lograda desde la convergencia en el asunto tratado aproxima al intérprete y al texto. En definitiva, solo de este modo puede darse una verdadera posibilidad de transformación de los horizontes de sentido.

Cabe apuntar que dicha transformación solo será posible si se logra una actitud de escucha, de atención a lo que el otro quiere comunicar. A propósito, Gadamer nos recuerda que:

“El arte de comprender consiste seguramente y ante todo en el arte de escuchar. Sin embargo, a ello hay que añadir la posibilidad de que el otro pueda tener razón. El otro se encuentra de entrada en una mala situación si ambos lados no sienten esto”. (Gadamer, 1993, p. 227; citado por Fernández, 2006, p. 67)

El intérprete que se dispone a escuchar al otro debe, además, admitir la posibilidad de transformar sus propios puntos de vista en el ir y venir de la conversación. Si acaece dicha transformación entonces se podrá proyectar un nuevo sentido —fusión de horizontes— sobre el asunto (o temática), y de este modo se ensanchará el horizonte de la comprensión. En línea con lo anterior, Gadamer dirá que:

“La conversación es un proceso por el que se busca llegar a un acuerdo. Forma parte de toda verdadera conversación el atender realmente al otro, dejar valer sus puntos de vista y ponerse en su lugar, no en el sentido de que se le quiera entender como la individualidad que es, pero sí en el de que se intenta entender lo que dice” (2012, p. 463).

Por el contrario, si el intérprete pretende alcanzar la cosa en sí, atrapar la subjetividad del otro, allí no habrá diálogo. Solo si la comprensión deviene en transformación, como consecuencia de la conversación, se podrá hablar de una verdadera experiencia hermenéutica, una auténtica disposición de apertura a la alteridad del texto —del otro—.

Conclusión

Puede afirmarse que la agitada, convulsa y vertiginosa contemporaneidad, parece haber cerrado toda posibilidad de encuentro con la alteridad. Lo que, es más, no solo no hay disposición para escuchar, sino que prevalecen los intentos por no dejar valer el punto de vista del otro.

Ahora bien, si en la relación entre unas sociedades y otras, entre unas culturas y otras, no se permite poner en juego un punto de vista, una posibilidad de sentido con el fin de lograr una comprensión desde la perspectiva de la pluralidad, seguirá siendo una tarea, por lo demás difícil, el construir caminos para el entendimiento en el marco de sociedades que aboguen por la conformación de espacios comunes y democráticos que admitan a plenitud la diferencia.

La superación de las prácticas de negación de la pluralidad y del no reconocimiento de la diferencia, en una sociedad que se asuma a sí misma como democrática, bien pudiera acoger los planteamientos sugeridos por Gadamer sobre la apertura y el movimiento dialéctico entre el “decir y dejar decir”.

Como ya se mencionó, de lo que se trata, en términos de ganar cuotas cada vez mayores de democracia en las sociedades contemporáneas, tiene que ver, en primer lugar, con el dejar valer la opinión del otro; y, en segundo lugar, con el estar abierto a la posibilidad de que en la conversación se puede reelaborar un sentido común y ensanchar el horizonte de la comprensión. Por lo tanto, habría que propender por el cultivo de una decidida y genuina apertura y disposición para escuchar entre aquellos para los que el mundo gira en torno a sí mismos. Solo desde allí podrán plantearse nuevos escenarios, nuevos espacios para la concertación que nos alejen de caer de nuevo en una conflagración que ponga en riesgo la pervivencia de la vida humana.

Brevemente. La problematización sobre lo contemporáneo llevada a cabo desde la filosofía hermenéutica nos permite, pues, pensar al ser humano en su condición de diferencia y pluralidad. Es en el reconocimiento de aquello que nos diferencia, en el espectro de un espacio político plural y diverso, donde se habilita la cuestión del comprender. Solo a partir de dicho ejercicio de reconocimiento nos abriremos a la comprensión del otro no como una amenaza, sino como posibilidad de ampliación del propio horizonte de sentido.

Referencias

- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós
- Boker, J. (2016). Nombrar, analizar y reflexionar: el Holocausto y otros genocidios. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. LXI, (228). 11-26
- Fernández, F (2006). Conversación, diálogo y lenguaje en el pensamiento de Hans-Georg Gadamer. *Anuario Filosófico*, XXXIX (1). 55-76
- Gadamer, H. (2012). *Verdad y método*. Sígueme. Salamanca
- Maldonado, N. (2019). El auge de la ultraderecha populista y xenófoba europea en relación con los delitos de odio y el impacto de Alternativa para Alemania en Europa [Tesis de Maestría, Escuela diplomática de Barcelona]. http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/133957/1/TFM_N_MALDONADO.pdf
- Ruiz, C. (2009). La alteridad. En *Casa del tiempo* (25). 99-101.